



Giacconi: Volver al camino.

Nueva York... ...en los talones

Prólogo al libro "La Difícil Juventud" de Claudio Giacconi



Jorge Edwards

Crónica de un colapso

El año 2004, Claudio Giacconi quiso volver al camino de *La Difícil Juventud*. Pablo Arévalo, un narrador amigo suyo, descubrió en un departamento caótico la mitad de calle Rosal, junto al centro Santa Lucía. Claudio lo invitó y aceptó, tras el dominio que compartió entre sus hermanos, en la calle Alonso de Ercilla de Los Dominicos, por más de trece años. Ya instalado en su nuevo hogar, me llamó por teléfono:

—¿Cómo estás? Soy yo, Giacconi —me dijo—. Estoy en esta Rosal, voy a otra forma.

—En 20 minutos estaré allí —respondí.

Lomé un taxi. Ya en el lugar, Claudio abrió la puerta y vi paredes de mármol, un megalófono, cuadros de paramecios por el suelo y un colchón a un costado del living. Le pregunté: "¿Se pone que tuviera no sé qué regalo?". Y contestó: "Por ahora me estoy quedando donde Carlos Contreras".

Tenía varios objetos en mente: quería montar un teatro que ya había escrito, renovar la escritura de su novela *El y el día*, por fin, un final. Por eso, días más tarde, le regalé un ejemplar de *La difícil juventud* cumpliendo medio siglo de vida. Ser plantas y el nuevo comienzo de Rosal, le conté a su mamá un caso de rebeldía adolescente.

Con Iván Quiroz, también escritor, decidimos hacer la compañía de teatro para celebrar los 50 años de su *Difícil juventud*. Aparecieron artículos y entrevistas en diversos medios e intentos, además de fotografías donde se veía a Claudio en su departamento y a nosotros

de escritores. Su personalidad literaria se restableció.

Sin embargo, pasaron los meses y los libros perfectados no llegaban a tiempo. Giacconi empezó a ser devorado por una bestia sin paradas adentro. Le trajo una mancha blanca y a menudo recibía visitas. Las conversaciones eran limitadas por el silencio y la ceguera. Llegó un instante en que ya no se le estaba de la cama, desahucando sus comidas y trabajos. Pero cuando los libros de los escritores, de Thomas Hardy, o de otra cosa que lo atraía, o cuando ya estaba de mente de toda la vida. Cuando lo llevamos a ver, pusimos silas alrededor de su cuerpo y principiaba a libre pléctico. Su vida nos embriagaba. Allí vi a Mauricio Barrera, Iván Quiroz, Carlos Contreras, entre otras personas. Lo acompañaban también tres perros blancos y paseos en momentos de distinta época. La verdad es que escribía permanentemente, por aquellos días, una novela de corte erótico. Pero todas sus labores literarias fueron inconclusas.

La salud de Giacconi se resaca de la enfermedad. Se veía delgado y de un color cenizo. Pero sus amigos, más por que, un lo olvidamos. Seguíamos entusiasmados por sus múltiples proyectos y su última creación. Finalmente, el invierno del 2004 lo derrotó. No se levantó más de la cama y era ostensible su falta de peso. Lo dejé de ver un mes y medio. Se supone que murió a Viena del Mar, donde era poeta, a temprana edad. Pero allí el alcohol corrió como Pedro por su casa. Corría, pero Giacconi se terminó de desmoronar físicamente. Sus defensas estaban tan bajas, producto de la enfermedad, que contrajo micosis osi-

Gracias al poeta, Gonzalo Contreras escribió, quizá postumamente, su novela *El y el día* y el oportuno ingreso al Hospital San José y luego al Centro Cerebral.

Cuando lo fui a ver al San José, encontramos sobre el monumento de un enfermo del corazón el siglo XIX. Allí estaba quien quiso vivir como Thomas Wolfe, haciendo de la noche un día, y viajando sin parar por el mundo. Y, por supuesto, con el proyecto de una novela monumental.

Paso varios meses en recuperación, hasta que la guerra de las tintas se agotó y la casa de su familia en Los Dominicos —al poco tiempo pasó a una casa de repaso, con lo que comenzó una larga convivencia—. En el año 2005 viví en la comuna de Los Barrios y vi a varios amigos literarios y de la vida, a los 75 años de edad.

Habla, memoria.

Me puse a recordar como Claudio Giacconi, fue un hecho parte de mi vida de garra. Cuando tenía sesenta años y me estaba escribiendo la vida de Dios, me pregunté si de verdad existía. Pensé que lo mejor manera de comprobarlo era decirle un secreto: "Si me castiga, quiere decir que existe", concluí. Me casé en el día de la popular: "Dios castiga, pero no a palo". Entonces escribí: "Dios es toral". Yo estaba enamorado en una pile de sacos de trigo, a cuatro metros del suelo, y cuando me senté un poco de hierro que me tomaba por el cuello de la camisa y me llevaba al cielo. La existencia de Dios se me probó en el hecho de que no quedaba paralizado. Ese fue el comienzo de la vida.

Posteriormente mi infancia fue mala. En los últimos años de vida de mi padre, sufrí un buen caso económico y yo era un niño muy querido. Hacíamos pasteles campesinos en su auto de aquella época, el año 1955. El mundo cuando yo tenía 10 años, me dio que jugar en el cuento. Allí no me paraba nada.

El tiempo del colegio fue interesante. En un colegio de una época en donde nos obligaban a ir a misa todas las semanas a oír por el mundo el Franco, de manera que nos cubran como carne de cañón espiritual. En los momentos de la vida, esa vida. Más tarde la familia se armó.

Nueva York... en los talones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2007

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nueva York... en los talones [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile